

## SIGUIENDO EL HILO DEL TIEMPO

### EL PROLETARIADO Y TRIESTE

AYER

La ideología de nuestros padres, radicales avanzados y francmasones (incluso si no la manifestaban) asqueados por la especulación y el carrerismo que prosperaban a la sombra de la filosofía de las Logias) les mantenía alejados del militarismo y del nacionalismo; pero no dejaban de tener la costumbre de repetir, a finales del siglo, que una nueva guerra contra Austria hubiera representado una vigorizante prueba de fuego para una Italia de constitución todavía frágil.

Cuando se rechazó crear una universidad italiana en Trieste y edificar en Trento un monumento conmemorativo dedicado a Dante, los estudiantes de instituto de principios de siglo se dejaron arrastrar por la retórica irredentista y por las manifestaciones contra la Austria de Francisco José. La literatura es como un invernadero para la política: las pequeñas plantas regadas por los hilos de la retórica germinan a veces en el terreno de la historia y se transplantan siguiendo el capricho de los vientos de la realidad. Los intereses que determinaban a la naciente burguesía italiana, no desprovista de vigor, le indicaban un camino que supo tomar, pero no mantener.

"En el patíbulo, en el patíbulo del mártir Oberdan -colgaremos, colgaremos al emperador- Oh Trieste de mi corazón- vendremos, vendremos a liberarte (1)" Este tufillo de revolución, e incluso de regicidio, así como el eco de los golpes de Luccheni en Ginebra, hacían creer al radicalismo burgués de izquierda que seguramente arrastraría en esta empresa nacional a las jóvenes fuerzas proletarias, socialistas y anarquistas; un largo trabajo de tipo masónico que había durado decenas y decenas de años contribuyía encerrar ahí a los dirigentes y a los jóvenes intelectuales de los partidos extremistas.

Recordemos una vez más que el movimiento socialista italiano supo reaccionar a este condicionamiento oponiéndole la sana construcción de una política de clase autónoma que en la encrucijada decisiva no equívoca a la gran alternativa de la historia, dejando a los oportunistas y a los renegados solos o casi solos en las filas de la organización de los trabajadores, dándole la mano a aquella composición de la Italia burguesa, y le opuso, estuviera acabada o inacabada, como clase, como Estado, como gobierno monárquico excomulgado, como posible República volteriana o de la flor de lis, la línea política marxista de ruptura con estas fuerzas, en periodo de paz como en periodo de guerra nacional, en periodo de calma lo mismo que en el de convulsiones sociales.

(1) Canción patriótica italiana de moda a principios de siglo. Oberdan era un irredentista triestino ejecutado por los austriacos en 1882 por haber sido encontrado en posesión de bombas. El "emperador" aludido en la canción es Francisco José de Austria, cuya mujer, la emperatriz Elisabeth, murió en 1898 en Ginebra en un atentado realizado por el anarquista Luccheni.

Los marxistas no habían ignorado jamás los términos de las "cuestiones nacionales". Las relaciones de organización que se derivan de la concomitancia de la raza y de la lengua ocupan su lugar entre las formas de producción. La tendencia a identificar con las unidades nacionales los límites de la organización territorial del estado han jugado un papel extremadamente importante en la formación del capitalismo, y todas las etapas del crecimiento de este enemigo al que resulta imposible matar en su infancia, interesan a la revolución en el grado más alto.

Los marxistas supieron mostrar que los diversos héroes nacionales e irredentistas, que no eran sensibles más que a la superestructura poética de sus empresas, habían realizado una tarea verdaderamente revolucionaria empujando a la victoria de la burguesía negociante. Pero también diagnosticaron que en la fase imperialista de expansión del capitalismo se conservaba siempre en reserva el principio de nacionalidad para poder agitarlo con objetivos clase burgueses, y sobre todo con el fin de hacer perder al movimiento obrero su vigorosa autonomía. Por el contrario, este principio era pisoteado tranquilamente siempre que entraba en el interés de las empresas económicas burguesas apropiarse una región fronteriza, un espacio vital, o someter algún desgraciado pueblo de color en ultramar.

El prejuicio nacional debía servir, por tanto, de barrera contra las iniciativas proletarias de clase, pero no ponía ningún obstáculo a las rapiñas capitalistas.

A partir de una cierta fecha límite, que se puede fijar como muy tarde en 1870, toda subordinación de la batalla proletaria a la satisfacción de objetivos nacionales, étnicos o irredentistas previos, toda constitución de bloques entre trabajadores y burgueses del mismo idioma con vistas a una liberación nacional, toda formación de partidos "socialistas-nacionales", como los hubo en Polonia y en Bohemia, se convirtieron, por tanto, en derrotismo puro. Y sería un grave error de lectura marxista incurrir en una confusión sobre este punto invocando el pasaje del Manifiesto que dice que los comunistas sostienen en algunos países a los partidos obreros que plantean la condición de la emancipación nacional.

Con el desarrollo del capitalismo, los bloques estatales se cristalizan en torno a centros nacionales determinados, que estaban en formación en tanto que Estados unitarios desde la época pre-burguesa. Pero este proceso no es en sus líneas generales un proceso de división, sino de aglomeración.

La ideología pequeño burguesa según la cual había que esperar a la liberación de cada nacionalidad "oprimida" y la solución de todos los problemas de etnias que existían al margen de los grandes Estados, antes de lanzar en Europa reivindicaciones de clase, es, por tanto, profundamente contrarrevolucionaria. Todos estos "oprimidos" en el idioma, en la universidad, en las carreras burguesas y, sobre todo, en las carreras electorales, ésas en las que el chanchullo es el rey, hubieran prohibido eternamente la toma de conciencia por los obreros de la explotación

patronal y de la opresión social.

Desde luego, la multiplicidad de idiomas es indudablemente un hecho material y técnico, pero es sobre todo a los burgueses y a sus cohortes de plumíferos a los que irrita soberanamente; los internacionalistas modernos que somos nosotros y los trabajadores encorvados bajo las empresas negreras del capital no vacilarán en recordar que la primera huelga fue la de la torre de Babel. El obstáculo de los idiomas caerá con las demás infamias de la moderna Babel capitalista. Lo que el filisteo burgués encuentra ante todo bárbaro es que no todo el mundo comprenda a la primera palabra las órdenes del patrón.

La ideología pequeño-burguesa conservaba en la cuadra diferentes caballos de batalla. Uno de ellos era el imperio austro-húngaro, al que no encontraba a la altura de la civilización capitalista. Pero había algo mejor: el imperio otomano feudal y asiático que tenía la audacia de mantener sólidamente su dominio sobre los Dardanelos. Sin olvidar al imperio zarista, que sometía a cien nacionalidades, mientras los otros dos apenas llegaban a la docena. Pero para las necesidades de la literatura, dama de apetitos amorosos sólidos y variados, los diferentes imperios habían sido frecuentemente utilizados uno contra otro como presidio de los múltiples tesoros de la civilización blanca: la corona de San Esteban había salvado a la cristiandad de los Califas, Turquía se había mostrado como un buen aliado en Crimea (puede leerse en Marx la divertida crónica de esta cruzada democrática con el apoyo de bersaglieri - cuerpos de élite)(2), Rusia había constituido un buen punto de apoyo para la "liberación" de los Balcanes en 1912. El "principio de nacionalidad" se presta bien a todas las operaciones de la cirugía diplomática prostituida, sobre todo en las regiones donde, como en los desgraciados Balcanes, las fronteras étnicas, lingüísticas y nacionales no pueden ser trazadas en el mapa geográfico, y donde los pueblos turcos, griegos, serbios y búlgaros, con sus respectivos curas, se encuentran a algunos pasos uno de otro: el odio, la guerra y la fuerza no podrán regular jamás la suerte de estas regiones en el terreno de las nacionalidades. Estas zonas abundan en Europa: la democracia hoy triunfante las trata con ayuda del sistema ultra-liberal de la deportación masiva forzosa. A los fantasmas literarios de la libertad de lengua y de unión racial se añade el de la libertad de residencia, que se desvanece en humo con ellos.

En el curso de las guerras en serie que se acumularon en el cielo cargado de los Balcanes, se vio resoplar a más y mejor una demagogia que bien podía llamarse, desde esa época, popular-democrática (intentad encontrar un adjetivo más prostituido que el adjetivo democrático: va con Satanás y con Cristo, con liberal y con social, con parlamento y con dictadura...). En la primera guerra contra Turquía, Grecia, Serbia y Bulgaria se aliaron en nombre de sus minorías oprimidas. Pero, una vez derrotada Turquía, el reparto del botín no se realizó sin problemas: los búlgaros, considerados hasta entonces como gentiles demócratas, fueron degradados al rango de brutos imperialistas y los otros cogieron

una buena parte de sus conquistas. Los grandes bastiones de Berlín, Viena y San Petersburgo echaban el ojo a las salidas del Adriático y del mar Egeo, y los imperialismos de París y Londres se ponían en estado de alerta. Italia dió la nota infligiendo a la vieja Turquía una primera lección de democracia durante la guerra de Libia en 1912, con la que comenzó a edificar gloriosamente su imperio colonial. El "fundador" del imperio en cuestión estaba entonces a la sombra por antimilitarismo (3).

Los socialistas en Italia se opusieron vigorosamente a esta guerra de conquista, lo que les preparó para no caer en la trampa de la guerra de liberación por Trieste y el Trentino en 1915 a pesar de todo su adorno de seducciones democráticas. Pero en 1914, por desgracia, todos los partidos socialistas de Europa habían encontrado alguna provincia por liberar, algún horizonte hacia el que exportar a cañonazos la civilización democrática, y habían caído en la traición y la unión sagrada nacional.

La guerra estalló en la "pequeña Serbia" atacada por Austria por haber organizado el atentado de Sarajevo. Se organizó una primera orgía democrático-nacional-defensista en honor del libre pueblo serbio, y se levantó dignamente la copa por este campeón de todas las libertades que era Nicolás de Rusia. No seguiremos la historia de las guerras y de sus justificaciones: haría falta un volumen entero. Citemos, sin embargo, en el cuadro de honor al pequeño partido socialista serbio que se alzó contra la guerra y que negó todo apoyo para la defensa nacional a su repugante régimen interior de cortesanos, de militarotes fanfarrones salidos de crímenes en serie y de burgueses tratantes de cerdos, y esto a pesar de la potencia y de la violencia de la invasión militar.

#### HOY

La primera guerra mundial otorgó Trieste a Italia, a la gran Italia, y creó en el reino de los serbios, croatas y eslovenos la gran Serbia (4), mientras los partidos nacionalistas y militaristas italiano y serbio celebraban la victoria lograda gracias al hábil tejemaneje del charlatanismo democrático-popular. Los partidos obreros no habían creído las mentiras irredentistas ni de un lado ni de otro, y se habían negado a combatir, para hacer perder a Austria Trieste y Zagreb. Rechazaron también en nombre del sano internacionalismo la hostilidad naciente entre los dos Estados en el contencioso a propósito de Fiume, que hizo inmediatamente de los dos aliados de la víspera, de los dos campeones de las guerras por la libertad, dos enemigos dispuestos a acusarse mutuamente de opresión étnica y nacional.

Conocemos bien las acusaciones italianas de paneslavismo dirigidas a los yugoslavos que, en el mapa de sus reivindicaciones, franqueaban el Isonzo y el Natisone para anexionarse Udine y Friulia. Los jóvenes no ignoran el plan monárquico y fascista de anexión de Liubliana y de sumisión de Croacia. Los resultados dramáticos de los conflictos militares

(3) Se trata de Mussolini que en esa época pertenecía al ala izquierda del partido socialista italiano y que había sido detenido con ocasión de violentas manifestaciones proletarias de oposición a la guerra. Libia fue anexionada al reino de Italia en 1912.

(4) El reino de los serbios, croatas y eslovenos (S.H.S) fue proclamado en diciembre de 1918. En 1929 tomó el nombre de reino de Yugoslavia.

(2) Alusión a una serie de artículos de Marx en el New York Daily Tribune, 1853-54. Véase Marx-Engels, Oeuvres politiques, trad. Molitor, Paris, 1929-1930, tomos III, IV, V.

obligan a la etnografía, esa mujer infiel, a bailar en los brazos de todas las partes presentes.

Para la burguesía italiana, Trieste está hoy en peligro. En esta situación, el proletariado, que ha escrito una página de su historia rechazando la guerra por Trieste, no puede basar su política en la acusación lanzada a la burguesía de dejar perder un trozo del territorio nacional por culpa de sus errores fascistas de ayer y de su política gubernamental inconsistente de hoy. El problema no se plantea así: es, siempre lo ha sido, un problema internacional ligado a la lucha entre imperialismos. En la época de la Triple Alianza, Guillermo II decía: "Los que toquen a Trieste encontrarán ante ellos la espada de Alemania". Es verosímil que si Alemania hubiera ganado con Hitler la guerra, el contencioso sobre las regiones de Venecia Julia y Trieste hubiera sido todavía más áspero que hoy. Cabeza de puente hacia el corazón de Europa, Trieste interesa al imperialismo más moderno y a los planes de control americanos. En este tablero estratégico, las marionetas de los gobiernos de Roma y Belgrado disputan en el vacío sobre las líneas de demarcación entre italianos y eslovenos. En la zona A y en la zona B, de Gorizia a Trieste y a Capodistria, a Pola y a Fiume, es imposible separar los asentamientos de los dos grupos étnicos; en general, los campos, eslovenos a veces al 100%, rodean centros urbanos y pequeñas ciudades esencial o enteramente italianos. Por ambas partes se manipulan falsas estadísticas; y siempre se podrían establecer listas falsas para la solución que tanto agradaba a Mussolini, el eventual plebiscito; se imaginan, en fin, las famosas "elecciones libres" bajo la protección de tropas de ocupación de diez nacionalidades diferentes...

Una serie de circunstancias originales hace que el juego diplomático de los imperialismos en este sector no pueda ocultar su indecencia por ninguna parte. Si Yugoslavia hubiera seguido sometida a Rusia, se habría encontrado una jugarreta clara y sencilla: un trozo al este, con italianos, por lo demás, hubiera ido a Yugoslavia, un trozo al oeste, con eslovenos y croatas habría ido a Italia, y en medio se hubiera tenido muy probablemente un trozo mixto, con Trieste, el puerto y los astilleros, bajo un doble control extranjero, que hubiera sido objeto de un litigio permanente entre las dos potencias que dominan el mundo. Pero la situación se ha complicado a causa de la disputa entre Moscú y el régimen de Tito, régimen de bandidismo al que llamaremos por eufemismo, nacional-militar (siendo sus orígenes muy semejantes a los asesinatos de alcoba de los que ha nacido el reino de Karageorgevich). ¡Democracia popular no significa nada, incluso si jefes de bandas de guerrilla políticamente dudosos pretenden darle cuerpo, sino socialismo, comunismo! En las relaciones sociales entre las clases, en el juego de las fuerzas de producción, ¿qué ha cambiado en la república yugoslava entre la época en que Tito era el niño mimado de Moscú y la que ha seguido a la excomunió? Nada, verdaderamente nada. Y por otra parte ¿qué es lo que ha cambiado cuando en el espacio de veinticuatro horas se ha sabido, primero que Belgrado se alineaba contra el Eje, después que se colocaba a su lado (abril 1941)? Son los campos de fuerza de las grandes tensiones imperiales los que determinan estos cambios, y no contrastes sociales y políticos locales, y esto sucede porque estas tensiones

derivan de todo el conjunto de las fuerzas productivas y sociales mundiales, por el interés de la clase capitalista y por las violentas reacciones que las contradicciones económicas levantan contra ella.

Seguros de tener en Roma un régimen que les estaría sometido directamente, los tres grandes Estados burgueses occidentales estaban dispuestos a garantizar que los eslavos podrían quedar bajo el dominio italiano con el pleno respeto de todas las libertades: siempre sería mejor que estar sometidos al que era entonces el "sucio dictador Tito". De ahí el compromiso de estos tres países de otorgar Trieste a Italia, aunque esta medida estuviera excluida por el tratado de paz, pero de ahí también el desacuerdo del cuarto grande, Rusia, con esta frágil promesa. Moscú y los partidos italianos que dependen de ella estaban dispuestos a asegurar que la minoría italiana estaría mil veces mejor en los brazos de la libre democracia popular versión yugoslava que bajo el dominio del gobierno clerical, terrateniente y monopolista de Roma.

Pero he aquí que, debido a la condena del Kominform, la democracia-popular sostenida por la adhesión de las masas obreras y campesinas liberadas, se convierte en las columnas de L'Unità y de sus semejantes en la "pandilla de Tito". Lo que no explica nada, como tampoco se explica el hundimiento de la revolución bolchevique hablando de la "pandilla de Stalin".

Con la misma facilidad y el mismo tipo de procedimiento, en el que las masas no participan más que a título de víctimas engañadas, que permitió a los aliados reclutadores de "resistencias" despedir al jefe de banda Mijailovich para tomar a Tito en su lugar (resultado de un compromiso realizado en la época entre los Estados mayores americano, inglés y ruso), hoy Tito ha sopesado las ventajas que había en alquilar sus servicios a uno solo de los dos grupos opuestos. Se ignora por completo qué precedentes marxistas y comunistas habían orientado en un primer tiempo a Tito hacia Moscú: probablemente su absoluta virginidad en materia de movimiento proletario... De cualquier forma, su organismo militar-estatal está a punto de alquilarse por el momento a los capitalistas occidentales; las masas, por su parte, como las estrellas, se limitan a mirar. Lo que no se explica más que por el hecho de que se trata en los dos casos y en los dos sentidos de un sistema organizado fuera de las masas trabajadoras, por encima de ellas y contra ellas, habiendo sido paralizada su iniciativa por la plaga del oportunismo de tipo "partisano".

¡Y he aquí que de los dos lados los mismos partidos, la misma prensa, modifican de un solo golpe su ciencia geográfico-histórico-lingüístico-etnográfica sobre este problema!

La Rusia revolucionaria ha caído al nivel de un espantajo que un Conde Sforza (5) puede agitar para chantajear a Tito. No habiendo podido reducir a este último a su merced porque Tito, como aventurero sagaz, no saca billetes para los Canossa kremlinescos,

(5) Diplomático italiano, varias veces ministro de Asuntos Exteriores, y sobre todo de 1947-1951.

Moscú podría, para burlarse de él, integrarse en la declaración tripartita y dar como consigna a los diversos partidos estalinistas sostener que Trieste, incluso Pola, Fiume y Zara deben estar con Roma por las razones "nacionales" que se encuentran en el fondo de los pensamientos y los discursos de los conformistas en todas las latitudes.

Por otra parte, los capitalistas occidentales, que todavía no han fijado el precio que hay que pagar para comprar el nuevo satélite, también podrían verse obligados a ofrecerle compensaciones territoriales. En tal caso, la perfecta democracia atlántica y parlamentaria llegaría a reconocer con altivez los derechos del irredentismo croata y esloveno contra los apetitos italianos, y aplicaría los cánones clásicos del derecho de gentes para dar a Trieste un nombre eslavo.

Todas estas lecciones serían útiles al movimiento de clase de los trabajadores si le llevaran a asimilar las directrices de su acción autónoma, a establecer que las clases dominantes hablan siempre de libertad, de independencia y de derecho nacional con fines de opresión social, y de que siempre se debe rechazar su invitación a colaborar, en los dos lados y en ambas lenguas.

No debemos ver en Trieste tres caras del partido obrero: una cara proitaliana ligada a la causa irredentista contra la que tanto ha combatido el socialismo en Italia y en Venecia Julia; una cara resueltamente proeslava y favorable a la unión con Tito en límites más extensos, bajo el enorme pretexto de que es la clase obrera la que se encuentra en el poder en Belgrado; una tercera cara, en fin, la más espeluznante, la cara kominformista, que ha cambiado de consigna de un día para otro apoyando primero a Tito, haciendo después lo contrario, y que utiliza para esta nueva orientación, con una desfachatez igual a la de Sforza, la italianidad de la Venecia Julia y el apoyo que podría encontrar en Moscú semejante causa.

La política proletaria en Trieste no puede ser otra que la fraternidad internacionalista entre trabajadores de lengua italiana o eslava, el rechazo de toda mueca racial o patriótica. El viejo socialismo triestino se resentía del reformismo socialdemócrata austriaco. Pero había hecho un buen trabajo de preparación marxista: ni siquiera los Oberdorfer pudieron negar la sólida base marxista del leninismo en los debates con los comunistas de la Tercera Internacional. De cualquier forma, en las luchas electorales de antes de la guerra, se habían batido contra el partido italiano. ¿Eran austriacos por tanto? Ciertamente no estaban a favor de que Trieste pasara a Austria, como tampoco estaban los internacionalistas serbios a favor de que Zagreb pasara a esta misma Austria. Cada uno luchaba contra "su" imperialismo, contra su burguesía. Después de la desaparición de Austria, los trabajadores triestinos no se dejaron coger en la trampa de una oposición nacional. El partido comunista de Livorno asumió en Trieste la sección política, el periódico, la Bolsa del trabajo. Camaradas italianos y eslavos trabajaban allí en perfecto acuerdo. Los mismos artículos, traducidos por el buen Srebrnic, aparecían en las dos ediciones, italiana y eslovena. La generosa clase obrera de Trieste, igual que los trabajadores agrícolas del campo, vibraba de entusiasmo por la revolución de Lenin, y por idénticos motivos.

Las maniobras políticas de los Sforza y los Kardely deben provocar a los obreros y campesinos

julianos el mismo asco. Si ha habido división y si los trabajadores triestinos han hecho correr la sangre de sus hermanos por razones de odio nacional y a causa del juego político infame y venal de los Estados burgueses, de los gobiernos de Estados de segunda fila que no hablan de nación más que para sacarla a subasta, esto debe ser una vergüenza imborrable para los traidores al comunismo. Es en estas franjas de encuentro entre los pueblos, en estas zonas bilingües, donde el internacionalismo proletario debe dar pruebas de su valor, rechazando las banderas de todas las patrias en favor de la bandera roja, la única bandera de la revolución social.

De Battaglia Comunista, Nº8-1950.

\* \* \* \* \*

UN TEXTO DE NUESTRA CORRIENTE  
LOS PROLETARIOS ITALIANOS Y  
ESLOVENOS TIENEN, POR ENCIMA DE  
FRONTERAS FICTICIAS, EL MISMO  
ENEMIGO COMÚN

Si hay una zona en Europa, en la cual la falsedad y el absurdo de las soluciones "nacionales" se presenten con una luz sangrienta, esta es precisamente la zona del así llamado territorio libre triestino. Geografía e historia conspiran allí: la geografía que ha situado a la gran ciudad portuaria en el punto de encuentro entre el oriente y el occidente europeos -y es muy cierto que Trieste no puede vivir sin el pulmón económico de la dársena danubiana, al igual que es muy cierto que viviría con dificultad sin las corrientes comerciales con Italia-; la historia ha mezclado allí de tal modo a italianos y eslovenos; que hace vana toda definición de "confines étnicos", no teniendo sentido hablar de minorías compactas.

Dos guerras han vuelto a proponer sangrientamente, en esta zona históricamente internacional, una solución nacional; ambas han revelado su inconsistencia. Seiscientos mil caídos en una guerra que ocultó tras la cortina de humo del irredentismo el ansia de expansión del capitalismo italiano, el hambre de instalaciones portuarias, de la red comercial, de las industrias de una de las perlas de la monarquía austro-húngara: Trieste fue "liberada", pero, mientras la espantosa masacre desgajaba el mercado unitario de la Europa centro-oriental, paralizaba la vida económica triestina (si bien no la paralizó para los chacales de los negocios que se inflaron con las subvenciones del Estado victorioso y se beneficiaban de una herencia ajena). El vago irredentismo cambiaba de frente y, una vez liquidado el "opresor alemán",